

Eran las siete de la mañana cuando Rosa despertó sobresaltada al oír los desesperados gritos de Ismael. Se revolvía de un lado a otro, pronunciando palabras incomprensibles entre las que apenas si podía sacarse alguna con un mínimo de sentido. «¡Me quiere matar!», le pareció entender al fin. Nerviosa, comenzó a llamarle y a zarandearlo con suavidad. Sin embargo, lejos de disminuir, la angustia de su novio fue en aumento hasta hacerle aullar de puro espanto, instante en que por fin abrió los ojos, sofocado y cubierto de sudor frío. Rosa se colocó junto a él y le puso la cabeza sobre su regazo para intentar tranquilizarle. Sabía qué hacer en episodios como aquel, demasiado conocidos a su pesar. Revestida de infinita paciencia, le retiró el sudor de la frente con una toalla humedecida en agua de lavanda que tenía preparada para noches como aquella y le acompañó en su respiración hasta lograr que Ismael recobrara el sosiego que demasiadas veces se le escapaba del alma a capricho y sin remedio.

—Ya está... Tranquilo, ya está, no te angusties más. Solo ha sido un mal sueño.

—Era tan real... era como si... como si hubiera vuelto allí...

—¿Como si hubieras vuelto dónde?

—El accidente... el coche... las luces... el miedo... el...

—Termina lo que ibas a decir. Dímelo.

—El hombre...

—¿A quién te refieres?

—Ya lo sabes —contestó mientras apartaba sus ojos de los de Rosa.

—Ismael... cariño, tienes que sacarte ese veneno que llevas dentro. Te está matando.

—¡Lo que me mata es no poder moverme! —respondió airado.

—No, Ismael. Lo que te mata no es eso, porque, además, tú puedes moverte. Poco, pero puedes, y sabes que en menos tiempo del que te imaginas podrás librarte de la silla. Confía en mí, por favor. Cuéntame lo que ocurrió.

—¡No!

—¡Piensa un poco en mí, Ismael! ¡Piensa en cómo me siento al saber que sufres por algo que yo desconozco y que no me quieres contar! ¡A quien mata esta incertidumbre es a mí, joder! ¡A mí!

—Rosa...

—Déjame —respondió al borde del llanto.

—No te cuento nada para que no lo pases peor.

—¿Y tú qué sabes de cómo me sentiré cuando lo sepa? Prueba a contármelo. Pero allá tú si quieres volver a soñar con lo que coño fuera que soñarás.

Rosa colocó a Ismael boca arriba y le puso un cojín en el cabecero de la cama para que reposara la espalda.

—Voy a ducharme.

Ismael miró pensativo a la ventana. El reloj marcaba las siete y media. Los primeros rayos del sol anunciaban un nuevo día a través de las rendijas que su persiana dejaba entrever. Le pareció encontrarse en medio de ninguna parte al ver que todo estaba sumido en el más absoluto de los silencios. Las calles, generalmente contaminadas por el humo y el ruido de los cláxones, se habían convertido en un lugar de retiro. Demasiado silencio para Ismael en ese momento. La pesadilla estaba aún muy reciente, su cabeza se había disparado y solo acertaba a pensar en lo ocurrido aquella noche y en el frío que sintió cuando la punta de una pistola le recorrió el espinazo de abajo arriba como si fuera una serpiente, antes de que el impacto de un coche lo sacudiera como a un muñeco de trapo y lo dejase postrado en una silla de ruedas hace cuatro años.

*

Ismael no fue el único que se desveló aquella noche.